

ECLESIOLOGÍA

TENIÉNDOLO TODO EN COMÚN

La comunicación dentro de la pequeña comunidad eclesial

Dr. Antonio Diego Hernández, OD*

ABSTRACT

Let us share everything in common. Communication within the small ecclesial community

In the recent times of the ecclesial life we have seen the tendency to revalue the small Christian community, as a concrete realization of the universal church. Within these communities the faithful gather together strongly in order to animate each other in the construction of the kingdom of God, to change for the better and to rely completely on God through prayer and listening the Word. Nevertheless the human relationship looks necessary in order to reach a true fraternity among those who like to follow Jesus as a group. Here we will try to present the value of interpersonal communication for the improving of the small ecclesial community.

KEY SORDS

Small ecclesial community, universal church, construction of the Kingdom, prayer, listening the word, true fraternity.

¿A qué comunidades nos referimos? La importancia de las CEBs tras el Vaticano II y el Magisterio posterior.

En la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* Pablo VI se refería así a las Comunidades Eclesiales de Base:

* Antonio Diego Hernández (Canarias-España, 1983). Sacerdote Operario Diocesano. Cursó sus estudios en el Instituto Superior de Teología de Canarias y en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde se licenció en Teología Dogmática en 2015. Actualmente trabaja en la formación sacerdotal en el Seminario Santa Rosa de Lima de Caracas, donde también imparte clases de teología. Colabora con el ITER como profesor del área de dogmática.

- “Nacen de la necesidad de vivir todavía con más intensidad la vida
- de la Iglesia; o del deseo y de la búsqueda de una dimensión más
- humana que difícilmente pueden ofrecer las comunidades eclesiales
- más grandes, sobre todo en las metrópolis urbanas contemporáneas
- que favorecen a la vez la vida de masa y el anonimato. Pero igual-
- mente pueden prolongar a nivel espiritual y religioso —culto, el cul-
- tivo de una fe más profunda, caridad fraterna, oración, comunión
- con los Pastores— la pequeña comunidad sociológica, el pueblo,
- etc. O también quieren reunirse para escuchar y meditar la Palabra,
- para los sacramentos y el vínculo del ágape, grupos homogéneos
- por la edad, la cultura, el estado civil o la situación social, como pa-
- rejas, jóvenes, profesionales, etc., personas éstas que la vida misma
- encuentra ya unidas en la lucha por la justicia, la ayuda fraterna a
- los pobres, la promoción humana, etc. O, en fin, reúnen a los cris-
- tianos donde la penuria de sacerdotes no favorece la vida normal de
- una comunidad parroquial. Todo esto, por supuesto, al interior de
- las comunidades constituidas por la Iglesia, sobre todo de las Igle-
- sias particulares y de las parroquias”¹.

Aunque esta exhortación apostólica es publicada tras el Sínodo General de los Obispos en 1974, el texto quiere ser también aplicación del Concilio clausurado 10 años antes (la exhortación se publica en 1975). Es sabido que tanto el Sínodo de 1974 como la exhortación de 1975 quieren ser continuación directa del decreto *Ad Gentes* del Concilio, pero en uno y otro caso late una concepción eclesiológica que está marcada por el redescubrimiento conciliar de la *communio*. Al afirmar el Concilio que “la Iglesia avanza con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo y su razón de ser es actuar como fermento y alma de la sociedad”², está asentando, de alguna manera una forma de entender la Iglesia y de hacerla presente en el mundo, y no como llegó a hacerse muchas veces frente a él. Es hacer realidad la invitación de *Ad Gentes*, para que las comunidades eclesiales sean signo de la presencia de Dios en el mundo³.

También Juan Pablo II se refirió a estas pequeñas comunidades de la Iglesia en su encíclica *Redemptoris Missio*:

1 *Evangelii Nuntiandi*, 58.

2 *Gaudium et Spes*, 40.

3 Cfr. *Ad Gentes*, 5.

4 *Redemptoris Missio*, 51.

- “Se trata de grupos de cristianos a nivel familiar o de ámbito restringido, los
- cuales se reúnen para la oración, la lectura de la Escritura, la catequesis,
- para compartir problemas humanos y eclesiales de cara a un compromiso
- común. Son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y
- de evangelización un punto de partida válido para una nueva sociedad fun-
- dada sobre la civilización del Amor”⁴.

Si bien, han sido los documentos del episcopado latinoamericano y del Caribe donde más explícitamente han tenido presencia las Comunidades Eclesiales de Base, por ser precisamente en estas latitudes donde su proliferación e importancia ha sido mayor. Medellín (1968) apunta un “fundamento”, por así decirlo, de su existencia y junto a él, una recomendación pastoral:

- “La sociedad contemporánea manifiesta una tendencia aparentemente con-
- tradictoria; una inclinación a las expresiones masivas en el compor-
- tamiento humano y, simultáneamente, como una reacción, una tendencia
- hacia las pequeñas comunidades donde pueden realizarse como personas.
- Que se procure la formación del mayor número de comunidades ecle-
- siales en las parroquias, especialmente rurales o de marginados urbanos.
- Comunidades que deben basarse en la Palabra de Dios y realizarse, en
- cuanto sea posible, en la celebración eucarística, siempre en comunión con
- el obispo y bajo su dependencia”. [...]
- “La comunidad se formará en la medida en que sus miembros tengan un
- sentido de pertenencia (de “nosotros”) que los lleve a ser solidarios en una
- misión común, y logren una participación activa, consciente y fructuosa en
- la vida litúrgica y en la convivencia comunitaria. Para ello es menester hacer-
- los vivir como comunidad, inculcándoles un objetivo común: el de alcanzar
- la salvación mediante la vivencia de la fe y del amor”⁵.

Años más tarde, en el documento de Puebla (1979) y tras algunas experiencias significativas después de la recomendación de Medellín, se señalaban logros concretos de esta nueva forma de hacer presente la Iglesia: son puntos de partida en la construcción de una nueva sociedad, focos de evangelización y motor de liberación y desarrollo, expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo, explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofrecen posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso transformador del mundo, se expresa, valora y purifica la religiosidad popular, son esperanza de la Iglesia y ambiente propicio para el surgimiento de nuevos servicios laicales, promueven un compromiso

5 Documento Final de Medellín, cap. VI.

mayor con la justicia en la realidad social de sus ambientes, es una comunidad de fe, esperanza y caridad, celebra la Palabra de Dios en la vida, a través de la solidaridad y el compromiso con el mandamiento del Señor y hace presente y actuante la misión de la Iglesia⁶.

Nos referimos, entonces, a estas comunidades pequeñas que los documentos mencionados han señalado como una forma válida para la evangelización hoy y para la vida de los cristianos, que se vinculan a la Iglesia Particular y Universal por medio de comunidades pequeñas, sin cerrarse en sí mismas.

Entre sus notas distintivas estarían el ser comunidades pequeñas, con un número de miembros que permita la relación cercana, fraterna, y con un marcado acento del compartir. Tratan de superar la pasividad a la que muchas veces empujan los grandes grupos eclesiales, desarrollando un binomio de participación y comunión. Además, quieren cultivar de un modo profundo su ser eclesial, distanciándose de las comunidades reivindicativas-hostiles de los años 70, y que ya Pablo VI denunciaba en *Evangelii Nuntiandi* (n. 58). Son parte de la Iglesia y quieren vivir en ella, con el descubrimiento de la importancia de la Palabra de Dios a la que ha dado origen la "lectura popular de la Biblia". En muchos países de Latinoamérica las comunidades eclesiales son configuradas por pobres, que viven el ser eclesial desde una integración acogedora y de convivencia. No es la nota fundamental esta pobreza, pero sí es un hecho porcentualmente significativo. Lo que caracterizaría en el fondo a las comunidades a las que haremos referencia en el presente estudio sería el número de participantes, lo suficientemente pequeño como para permitir una relación muy cercana y su ser eclesial, conscientes de esta forma de vivir la Iglesia.

1.- Importancia de la comunicación interpersonal en la vida de las pequeñas comunidades eclesiales

a) El testimonio del Nuevo Testamento

Varios datos encontramos en el Nuevo Testamento que nos ayudan a comprender esta forma de participar en la comunidad eclesial por medio de la vinculación a comunidades más pequeñas.

Los tres modelos clásicos de vinculación comunitaria que nos presenta el Nuevo Testamento serían la Sagrada Familia de Nazaret, la comunidad de Jesús con sus discípulos y la comunidad postpascual de los creyentes en Cristo. La que

6 Cfr. Documento Final de Puebla nn. 641, 642, 643 y 629.

más se acercaría a las comunidades que hemos mencionado en el primer apartado de este trabajo serían las comunidades postpascuales, pero sin olvidar que la referencia siempre es la comunión íntima manifestada en Nazaret y transmitida por Jesús a sus discípulos. Las comunidades que se van fundando tras la experiencia pascual estaban marcadas por la llamada de los discípulos de Jesús. Nosotros ahora no podemos obviar la primera comunidad que se manifestó en la familia de Jesús.

Muchas experiencias de vida comunitaria surgen tras la Pascua. La proliferación de estas comunidades que se reúnen en casas fundamentalmente, algunas en las sinagogas, parece obvia en los escritos paulinos. A nosotros nos gustaría atender a uno de sus aspectos que es objeto de nuestro estudio: ¿cómo se desarrollaba la vida de estas comunidades?, ¿qué recomendaciones hace San Pablo para la convivencia entre los cristianos? ¿qué rasgos de esta comunión quedarían englobados para el tema de la comunicación interpersonal?

En la Carta a los Romanos hace Pablo distintas observaciones sobre la vida de la comunidad, donde destaca una llamada especial al amor fraterno, “siendo cariñosos unos con otros” (12, 10), “unánimes entre vosotros” (12, 16). También Colosenses nos deja apuntes en esta dirección, invitando a los cristianos a no mentirse, por ejemplo (3, 9), o a enseñarse mutuamente para vivir en mayor autenticidad la vida nueva en Cristo: “soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. [...] La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría” (3, 13.16).

De alguna forma, el reto de las comunidades que se van formando es casar con el ideal que se presenta en el libro de los Hechos (2,42-46; 4,32-36; 5,13-17). Comunidades cercanas, acogedoras, que deben vivir fraternalmente la experiencia de la fe y el discernimiento de la vida. Comunidades que hacen presente a la Iglesia, que son Iglesia, y que crecen en la comunión por una implicación personal que va más allá de lo celebrativo-litúrgico o de lo funcional-pastoral. El reto que nos lanza el Nuevo Testamento es una comunidad que sea auténticamente cristiana, cultivando los lazos que unen el ser eclesial con la presencia social. Las indicaciones neotestamentarias nos harían dar pasos en el campo de la relación humana, la comunicación interpersonal.

b) Ayuda de la Psicología de la comunicación en las comunidades

El estudio de las Ciencias Humanas, en concreto de la Psicología, puede ayudarnos también a fundamentar la importancia que tiene la comunicación en-

tre los miembros de un grupo para la formación del mismo, y cómo a su vez la solidificación del grupo social influye determinadamente en la conducta del individuo-miembro. Poco a poco, los grupos van formando una estructura que les ayuda en su interacción y en su nivel de pertenencia al mismo; dicha estructura sería la coordinación y distribución de los elementos que componen el grupo, así como una ayuda a su consistencia, estabilidad y al patrón de relación entre ellos. Aplicado esto al caso concreto de los grupos, nos encontramos que cualquier descripción de la vida grupal recurre a términos que hacen referencia a la posición y al ordenamiento de los miembros en el grupo con la ayuda de un fenómeno muy psicosocial, la interacción o la comunicación interpersonal.

Ahora bien, ¿por qué se forman los grupos? En primer lugar, los grupos ayudan a satisfacer importantes necesidades psicológicas y sociales, como para dar y recibir atención y afecto, o para conseguir una sensación de pertenencia. En segundo lugar, los grupos ayudan a conseguir metas que no se pueden alcanzar individualmente. En tercer lugar, la pertenencia a un grupo puede proporcionar conocimientos e informaciones que de otro modo no tendríamos disponibles. En cuarto lugar, los grupos ayudan a encontrar nuestra necesidad de seguridad. Por último, la pertenencia a un grupo también contribuye a establecer una identidad social positiva, que se convierte en parte de nuestro autoconcepto. Si tomamos estas motivaciones y hacemos una aplicación al tema que nos ocupa, encontraremos interesantes aportaciones. Quedémonos con que el grupo nos ayuda a recibir atención y afecto (vinculadas a la comunión), así como nos facilita la consecución de metas (en orden a la misión).

Entre las características del grupo que describen Anzieu y Martin en su obra⁷, en el grupo se establecen unas relaciones afectivas que pueden llegar a ser intensas entre los miembros, creándose una interdependencia entre ellos y sentimientos de solidaridad, vinculándose por medio de unas "normas, de creencias, de signos y de ritos propios del grupo (lenguaje y código del grupo)"⁸. Es un grupo primario caracterizado por lazos personales, íntimos, cálidos, cargados de emoción que se establecen en todos los miembros.

Al respecto de la importancia de la comunicación en estos grupos, traemos la definición de Levi-Strauss, para el cual la sociedad "está constituida por individuos y grupos que se comunican entre sí"⁹. La comunicación que se da en los grupos debe ayudar precisamente a "constituir" esta sociedad particular formada por este número pequeño de miembros, de tal manera que la forma de

7 D. Anzieu y J. Y. Martin, *La dinámica de los grupos pequeños*, Buenos Aires 1971.

8 Ídem, p. 28.

9 C. Levi-Strauss, *Antropología social*, Buenos Aires 1961.

efectuar estos intercambios comunicativos condiciona las relaciones entre los hombres.

¿Cómo se da la construcción de un grupo? Moreland¹⁰ propone un modelo de formación de los grupos, que estaría en relación directa con la necesidad de una integración social. Los cuatro elementos que compondrían esta construcción serían la necesidad de una integración ambiental, “comportamental”, afectiva y cognitiva. Dentro del objeto de estudio de nuestro trabajo, incluimos esta teoría por destacar la integración afectiva que se da en un grupo, y que es parte del proceso de constitución del mismo. Según Richard Moreland, esta integración afectiva se da cuando los miembros comparten sentimientos generando una interdependencia para satisfacer necesidades y deviniendo en una percepción positiva acerca de las características personales que se comparten. En este proceso de construcción del grupo, las sucesivas etapas irían desembocando en una “identificación” a la que se llega, precisamente, por esta interacción de los miembros.

El popular psicólogo Luis Rojas Marcos, que fue durante años jefe de los servicios médicos de Nueva York, nos deja en una obra¹¹ de divulgación interesantes apuntes de la importancia que cobra la comunicación en los individuos. Así, por ejemplo, al hablarnos de la memoria autobiográfica, destaca la necesidad que tienen los individuos que han pasado por una experiencia traumática de poner en palabras y relatar la experiencia vivida:

- “Nos sirve para reconstruir nuestra historia, para definarnos,
- identificarnos, valorarnos, relacionarnos con los demás. [...] El in-
- tercambio de experiencias con otras personas también nos conecta
- con ellas, fomenta la participación, la confianza, las relaciones ínti-
- mas y la amistad”¹².

Además, la comunicación interpersonal no sólo tendría un efecto positivo sobre nuestra memoria autobiográfica que nos unifica como personas, o sobre nuestra identidad social que se configura en la relación con los otros. También en el área de la autopercepción y de la satisfacción personal, los individuos que participan de un grupo íntimo en el que poder comunicarse, intercambiar emociones, aceptar y ser aceptados por los demás manifiestan grado un más alto que los que carecen de estos grupos.

10 R. L. Moreland, “The formation of small groups,” Review of personality and social psychology (1987) Vol. 8, 80-110.

11 L. Rojas Marcos, La fuerza del optimismo, Madrid 20055.

12 Ídem, pp. 66-67.

“No me canso de resaltar los beneficios emocionales que nos aporta hablar. Gracias a los vínculos que existen entre las palabras y las emociones, hablar no sólo nos permite desahogarnos y liberarnos de las cosas que nos preocupan, sino experimentar los sentimientos placenteros que acompañan a la comunicación entre personas queridas. De hecho, evocar, ordenar y verbalizar nuestros pensamientos en un ambiente acogedor es siempre una actividad gratificante. Por eso, somos muchos -aunque no lo digamos- los hombres y las mujeres que cuando no contamos con interlocutores humanos hablamos al perro, al gato, al pajarito, o a la planta que viven en casa. Y no pocos nos sentimos mejor cuando hablamos con nosotros mismos, eso sí, en alto”¹³.

2.- Proceso-desarrollo de esta comunicación

a) Encuentro

La comunidad cristiana, constituida por aquellos que siguen a Jesús, es fruto de un encuentro. En primer lugar de la persona con Jesucristo. En segundo lugar, con una comunidad donde es llamado a caminar en la fe. Nadie sigue al Señor en solitario, sino que es invitado a incorporarse a un grupo de hermanos que se constituyen como grupo-comunidad por un don de Dios, que es existencia comunitaria y que posibilita la comunión de los creyentes. El encuentro de los discípulos con Jesús les permite vivir el amor gratuito que el mismo Jesús reclama en la Última Cena: Amaos unos a otros (Jn 15, 12). Pero es además el deseo del mismo Jesús en su oración sacerdotal, cuando vuelve los ojos al Padre pidiendo que sean uno (Jn 17, 21).

El encuentro de los creyentes debe animar a formar una comunidad cristocéntrica, que trata de continuar la tarea del Resucitado en la Historia. Los “encontrados”, viviendo el mandamiento del amor, escuchan reiteradamente la Palabra para no tener un grupo “autorreferencial”, para no desviarse del propósito de su ser comunitario: hacer presente el Reino. La parábola del Hijo Pródigo bien puede iluminar la situación de los hermanos en la fe, por analogía de aquellos otros dos hermanos que tienen distinta manera de encontrarse con el padre. Frente al despectivo “ese hijo tuyo” del hermano mayor, resuena el compasivo-clarificador “ese hermano tuyo” del padre (cfr. Lc 14).

“Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos”

13 Ídem, p. 133.

(Rm. 8,29). Reproducir la imagen de Jesucristo debe ser tarea del grupo de creyentes, que se hará cada vez más explícita cuanto más auténticas sean las relaciones establecidas en la comunidad: filiación y fraternidad.

De la vida de encuentro con Jesús Resucitado, va surgiendo poco a poco un encuentro cada vez más profundo entre los miembros de la comunidad. Toda comunidad cristiana tiene su raíz y origen en el encuentro de cada uno de los miembros con Jesús Resucitado; necesaria para la convivencia y para la comunión dentro de la misma es la comunicación y el encuentro de cada uno con Él, que es el centro de ese grupo. De la convivencia con Jesús nace la comunidad de seguidores. Convivir con Jesús lleva a convivir con los que Él ha querido, la comunidad congregada por Él. Comunicar a los demás nuestra convivencia con Jesús ayudará también a la comunidad entera a vivir más fraternalmente la llamada a la comunión, a fortalecer los lazos de fraternidad.

Después de su resurrección Jesús no encuentra mejor título para sus discípulos que el de "mis hermanos": "Dícele Jesús: Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios" (Juan 20,17).

b) Amistad

En el marco de su discurso de despedida, Jesús llama a los discípulos "amigos". En nuestro esquema, la amistad ocupa el segundo paso de este proceso desarrollo de la comunicación: "Ya no os llamo siervos, sino amigos, porque lo que me ha dicho el Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15). La medida de la amistad entre los miembros de una comunidad depende en gran manera de la comunicación y de lo que comunicamos a aquellos que Jesús ha puesto a nuestro lado. De alguna manera, los discípulos hemos entrado a formar parte de un grupo cercano de seguidores de Jesús, por lo que esta cercanía es también rasgo constitutivo de la verdadera amistad que debe surgir entre aquellos con los que me he encontrado por Jesús.

La comunidad se expresa y realiza no basándose en estructuras sino de "amigos", como dijo Jesús, que quieren participar más radicalmente en su vida y misión para testimoniar la fraternidad y filiación a la que todos los hombres están llamados. Por eso, ha de ser lugar para confirmarse en la fe y dejarse confirmar. Y el primer criterio de la vida comunitaria es ser verdaderamente cristiana. Para eso, tenemos que preguntarnos si, de hecho existe: comunicación, respeto, servicialidad, libertad, participación, colaboración, responsabilidad, alegría, sensibilidad, comprensión etc. Y esto va más allá de toda norma y

estructura. Para conseguirlo se hace indispensable: la comunicación, el diálogo y el discernimiento comunitario y crear espacios para que sea posible.

La comunidad por tanto debe favorecer este crecimiento paralelo que debe darse entre lo personal y lo comunitario, viviendo una tensión que evite polarizaciones, conscientes de que el individuo no se diluye en la comunidad, conscientes de que el individuo no se agota en sí mismo. No siempre es fácil lograr este equilibrio de “proyecto personal” y “proyecto comunitario”, pero estar relación recíproca de crecimiento personal y de interacción comunitaria ofrece cauces para el bien común: el individual y el grupal. No hay que ser recelosos de que los miembros de un grupo tengan una aspiración de realización personal, pero sí se ha de cuidar que esta realización no le vuelva individualista, que sería precisamente la negación del diálogo y de la comunicación con Dios y con los hombres. Sería, por así decirlo, una pretensión de una relación directa con Dios prescindiendo de la mediación humana-comunitaria.

Al pensar en la comunidad, podemos entenderla desde una óptica práctica: me facilita el sustrato básico para mi desarrollo, organiza la parte laboral, garantiza una estructura que favorece la vida de los miembros. Pero también puede ser vista desde una óptica relacional: comunión, comunicación, intersubjetividad. Pasó el tiempo de la renovación de las estructuras, que eran susceptibles de ser renovadas. La Iglesia, y en ella la inmensa mayoría de comunidades, ha ido perdiendo la forma piramidal en su estructura como Iglesia-sociedad perfecta para ir adquiriendo la forma de la comunión. Los esfuerzos han de redoblar ahora no en las estructuras, sino más bien en las relaciones y comunicaciones personales entre los miembros: ya no se trata de crear un ambiente que favorezca el trabajo o el bienestar común, sino de estar dispuesto a caminar conjuntamente, a interpelarnos, a confrontarnos y a dejarnos cuidar. La mejor manera de hacer presente el Reino dentro de la comunidad es orar juntos, intercambiar pareceres, compartir sufrimientos, comunicar alegrías y proyectos. La comunidad necesita intrínsecamente de espacios para la comunicación gratuita; la amistad crece cuando hay comunicación, diálogo; no se trata sólo de vivir “junto a”, sino de “vivir con”.

Si algo ha marcado el nuevo milenio ha sido el desarrollo de las comunicaciones. Las facilidades que crean las TICs para el intercambio de ideas, de opiniones, de experiencias, ha sido de tal magnitud, que a muchos jóvenes les cuesta entender cómo era el mundo antes de la era internet, o de los smartphones. Juntamente con este desarrollo de las macrocomunicaciones ha crecido también la sensación de aislamiento en las sociedades. En ellas, la comunidad cristiana debe volver a ser signo para el mundo de unas relaciones amistosas

entre sus miembros, que comparten su vida y la confrontan con la vida de Jesús de Nazaret:

- “Ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma
- y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo
- de hoy está desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas.
- Situadas en las diversas sociedades de nuestro mundo... las comunidades de vida consagrada, en las cuales conviven como hermanos
- y hermanas personas de diferentes edades, lenguas y culturas, se
- presentan como signo de un diálogo siempre posible y de una comunión capaz de poner en armonía las diversidades”¹⁴.

c) Misión

Novo Millennio Ineunte pone de manifiesto la importancia que adquiere la “espiritualidad de comunión” en el ser eclesial, justamente ante los desafíos que nos tocan afrontar como cristianos. Años antes, Christifideles Laici había apuntado la relación consecuente que se daba entre la comunión y la misión, por lo que las pequeñas comunidades se constituían en una comunión misionera:

La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, al punto que la comunión representa la fuente y a la vez el fruto de la misión: la comunión es misionera, y la misión es para la comunión. El mismo e idéntico Espíritu que llama y une a la Iglesia y que la envía a predicar el evangelio; la misión de la Iglesia deriva de su naturaleza misma, tal como Cristo la ha querido: la de ser el signo y el medio de la unidad de todo el género humano¹⁵.

La pequeña comunidad eclesial vive la comunión de una manera singular en la misión compartida. Si la comunidad se cierra en sí misma, pierde un aspecto fundamental de la vida cristiana como es la misión. No se es auténtica comunidad de discípulos de Cristo si no se abre a la proclamación del Evangelio ante aquellos que aún no conocen al Señor. La misión es parte intrínseca de cualquier grupo cristiano, que se sabe enviado al mundo para dar testimonio de las obras de Dios, de la gran noticia de su amor manifestado en Cristo.

Ahora bien, esta misión ha de ser compartida, y el camino que hemos seguido nos ayuda a entender esta misión compartida como parte de la comunicación interpersonal en la comunidad. No se trata solamente de hacer algo

14 Vita Consecrata, 51.

“juntos”, organizando un equipo para la evangelización. Se trataría, más bien, de ayudarnos a acoger la tarea evangelizadora también desde la ayuda mutua, donde se comparten los proyectos y los fracasos, las expectativas y las originalidades. La comunidad así se vuelve cada vez más misionera, más testimonio ante el mundo, más mediación del programa evangélico. Digamos que se evangeliza por esta doble vertiente: por el “hacer misional” y por el “ser comunal”. Hagamos juego de palabras: se evangeliza por la “comunidad misional” y por la “misión comunal”.

Resultan iluminadoras las palabras de Juan Ramón Moreno, jesuita asesinado en el Salvador, con el artículo que inauguraba la revista *Diakonía* por él dirigida en el Centro Ignaciano de Centroamérica:

- “El elemento unificador de la comunidad no es tanto la convivencia, cuanto el mirar juntos -con esa mirada apostólica, desde Dios, de que tanto hemos hablado- hacia el mundo, el pueblo, las gentes, dejando que sea una realidad concreta, ése pueblo de carne y hueso, la que, mirada de esa manera, configure nuestra acción y modo de vida. El trabajo apostólico de cada miembro y el consiguiente discernimiento apostólico no puede sustituir ni quedar desconectado de este buscar comunitariamente la mejor manera de responder a la misión que se ha confiado al grupo”¹⁶.

Con esto destacamos que las comunidades cristianas, los pequeños grupos eclesiales, las CEBs, son comunidades en misión y para la misión. Sin este aspecto, perdería fuerza la misma fraternidad. La comunidad que vive la misión, que la comparte, que experimenta la evangelización no como los esfuerzos individuales de los miembros, sino como tarea común y conjunta del grupo, hace resplandecer ante el mundo la solicitud de los cristianos por realizar la obra de Cristo, la filiación y la fraternidad de que hemos hablado más arriba.

Retomamos el desarrollo que hemos tratado de seguir en este segundo apartado: el encuentro con Cristo me lleva necesariamente al encuentro con los hermanos y a formar con ellos una comunidad, donde se comienza a vivir la fraternidad, la relación personal, la ayuda mutua. Es en el desarrollo de esta fraternidad y de esta relación personal donde va creciendo la amistad, como indicativo de que las palabras de Cristo no son vacías: amaos unos a otros; vosotros

15 Christifideles Laici, 32.

16 J. R. Moreno, “La misión como elemento fundamental e integrador de nuestra vocación, *Diakonía* Boletín del CICA 1 (1977) 5-10.

sois mis amigos. La amistad surge como forma consecuente de la vida fraternal, a la que se va caminando por la comunicación personal, por los espacios para el encuentro y el diálogo que la comunidad ofrece para fortalecimiento propio. Pero no sería auténtica comunidad cristiana si no estuviera orientada a la misión, que se entenderá como misión comunitaria, propia del ser eclesial que marca a los cristianos. Encontrarse, “amigarse” y misionar. En estos tres pasos de la comunidad cristiana actúa poderosamente la comunicación de sus miembros, significando así la comunión que se adquiere en el entendimiento personal, la empatía, la aceptación mutua, la ayuda a los que sufren en medio de ella.

3.- Signo eficaz para el mundo: la fraternidad cristiana (comunión) que debe surgir de la comunicación interpersonal

¿Cómo puede ser la comunidad eclesial signo para el mundo? Siguiendo un cierto discurso lógico, hemos apuntado antes que la mayor comunicación que se da en las pequeñas comunidades se transmite, casi automáticamente, en una mayor disposición para la evangelización. Ya apuntamos antes una idea que tomamos como trasfondo de este estudio: las modernas sociedades parecen cada vez más renuentes a favorecer los cauces para el diálogo fraterno, para el encuentro personal que propicia un intercambio de pareceres que van más allá de lo meramente informativo. Se ha creado una estructura social que más bien apunta hacia una relación humana superficial, y de esta manera el hombre se ahoga en su propio yo¹⁷.

Por otra parte, la gran masa eclesial que conforma las asambleas litúrgicas de la Iglesia no se traduce siempre en unas relaciones cercanas que ayuden a la integración de la vida de fe en el individuo. Nuestras comunidades parroquiales, a pesar de los grandes esfuerzos de crear espacios para la comunicación interper-

17 “La soledad, incluso silenciada, sigue de actualidad. Atraviesa de modo determinante la sociedad. Estamos más solos de lo que deseamos reconocer. Solitarios conectados, con mucha información y poca comunicación, no está claro que nos encontremos. Ello tiene efectos decisivos en múltiples aspectos”. Á. Gabilondo, *El País* 19.2.2012; [hyp://blogs.elpais.com/el-salto-del-angel/2012/02/una-sociedad-de-solitarios.html](http://blogs.elpais.com/el-salto-del-angel/2012/02/una-sociedad-de-solitarios.html).

“La soledad y la comunicación interior suelen formar una estructura que en el hombre light no se da y en la que hay banalidad, porque no se interroga nada trascendente que le obligue a replantearse la existencia de otro modo. Es una soledad sin rebelión personal y sin análisis. Por otra parte, la relación con el otro está muy resquebrajada. Pensemos en el ejemplo de la cantidad de personas separadas que viven casadas con el trabajo y con unas relaciones afectivas muy débiles, en las que existe más sexo que afecto.” E. Rojas, *El hombre light. Una vida sin valores*, Madrid 1992, 54.

sonal, no da con la piedra de toque que haga salir del anonimato a los miembros de la misma. Quiso la reflexión posconciliar potenciar la imagen de la parroquia como "comunidad de comunidades", especialmente en los documentos episcopales del CELAM. ¿Qué aportaría la comunicación interpersonal en la pequeña comunidad eclesial que formaría parte de la parroquia-Iglesia?

a) Ante el mundo del individualismo

En un artículo de Concilium de 1975, encontramos unas preguntas que oscila entre lo estremecedor y lo clarificador, a partes iguales: "¿cuántas personas en el mundo actual no han hablado nunca de su fe?, ¿cuántas personas en su vida no han pronunciado nunca una palabra esencial?"¹⁸ La pequeña comunidad eclesial se sitúa en el mundo como un signo de comunión y entendimiento posible frente al aplaudido individualismo. Cuanto más fuerte se hace hoy la tentación de una vida aislada y despreocupada de la totalidad del género humano, cuando más se vende la propuesta solitaria como modo de vida y producción, más necesaria se hace la señal comunitaria como solución a la insatisfactoria experiencia del individualismo. El Papa Francisco destacaba al comienzo de su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*:

- "El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del
- corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres
- superficiales, de la conciencia aislada"¹⁹.

El primer fruto de una comunidad eclesial donde se vive la comunicación interpersonal es, precisamente, la alegría de la vida que se comparte. Donde parece imposible vivir en común, aceptándose mutuamente, y además progresando en la realización personal, la comunidad cristiana afirma lo contrario, ofreciendo a la sociedad individualista un ejemplo meridianamente claro de lo contrario. Las comunidades eclesiales han de dar testimonio ante el mundo de que aún es posible vivir en comunidad, compartir la propia vida, lograr una interdependencia y "no morir en el intento".

18 J. Comblin, "Comunidades de Base y experiencias nuevas", Concilium 104 (1975), 90-100, aquí p. 96.

19 *Evangelii Gaudium*, 2.

A comienzos de este año, en la Jornada Mundial para la Paz, S.S. Francisco ponía de relieve la necesidad que tiene el mundo de esta comunicación fraterna, y la tarea que tienen por delante las *familias y las comunidades*:

- “En muchas sociedades experimentamos una profunda pobreza re-
- lacional debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y co-
- munitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos
- tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas for-
- mas de dependencia patológica. Una pobreza como ésta sólo puede
- ser superada redescubriendo y valorando las relaciones fraternas
- en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las
- alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman
- parte de la vida de las personas”²⁰.

b) Ante una Iglesia impersonal

La Iglesia tiene su expresión más cercana a los creyentes en la institución parroquial. Al igual que toda la Iglesia, la parroquia es casa de comunión, comunidad de “comuniones”. Pero más allá de los presupuestos teóricos, la mayoría de las comunidades parroquiales aún no descubren el rostro concreto de la comunión. Valga de ejemplo el desconocimiento por parte de los fieles parroquiales de las circunstancias que rodean la vida de sus hermanos en la fe, con los que celebran habitualmente la eucaristía o con quien tienen actividades apostólicas. Pensemos si en las parroquias los cristianos conocen al menos el nombre de los que se encuentran en asamblea dominicalmente. Y tal vez hayan pasado años vinculados a la misma comunidad.

Muchas veces la Iglesia adolece de ser “impersonal”, de no potenciar suficientemente la relación entre sus miembros. Por eso en la pequeña comunidad eclesial es más fácil descubrir esta nota necesaria para la vida en comunión: el conocimiento. Cuando descubro al otro a través de lo que manifiesta, cuando me expreso en mi comunidad con libertad y experimento la cercanía y la acogida de los miembros de mi grupo, conozco una característica concreta de la comunión.

En la comunidad se comunica la experiencia de lo que la gracia de Dios está realizando en la propia vida y se manifiestan las eventuales dificultades, respe-

20 S.S. Francisco, La fraternidad, fundamento y camino para la paz, 1 de enero de 2014.

tando la libertad de conciencia de las personas. Esto favorece el conocimiento y la iluminación recíprocos y el mutuo estímulo, al ver la obra de Dios en la historia de cada uno. La comunidad ayuda la necesidad de conversión y de maduración en la fe: la diversidad, los defectos, las debilidades ponen en evidencia la incapacidad de amar al otro tal como es, destruyen los falsos ideales de comunidad y hacen experimentar que la comunión (koinonia) es obra del Espíritu Santo.

La comunidad es algo absolutamente esencial para la vida humana y cristiana, así como hay una universal vocación a la santidad y al apostolado, hay también una vocación universal a la comunidad. La comunidad es un acompañamiento cercano, profundo, comprometido entre varias personas que se responsabilizan unas de otras en todo, y quieren caminar juntas y unidas en la construcción del Reino. Dios es Amor, Dios es comunión, la Iglesia es comunión en el Espíritu, y el Espíritu Santo es el constructor de la comunión eclesial, el alma de la Iglesia, que vivifica, congrega y une. A medida que los miembros crecen en la fe, empiezan a manifestarse los signos de la koinonia: el no juzgar, el perdón y el amor al enemigo. La koinonia se visibiliza también en la ayuda a los necesitados, en la solicitud por los enfermos, por los que sufren y por los ancianos. Los cristianos crecen gradualmente en un espíritu cada vez más profundo de comunión y de ayuda recíproca, y la Iglesia entonces se manifiesta con un rostro concreto, a la que cada creyente puede mirar para crecer en su seguimiento de Cristo y ante el que se siente invitado a dar testimonio recibiendo a su vez compañía y ayuda.

4. Conclusiones

El ideal de las comunidades surgidas tras la predicación de los apóstoles, la comunidad de la misma Familia de Nazaret, el grupo de los llamados por Jesús para estar con Él se presenta como marco de la comunidad hacia la que aspira la Iglesia. Pero esta Iglesia ha de concretarse en comunidades que ayuden de manera real al encuentro de sus miembros entre sí y de estos con Cristo. Los cristianos somos seguidores de Jesús en comunidad. La comunidad debería favorecer un estilo de comunión que potenciara una vida realmente fraterna. Por eso, el número de miembros debe ser tal que todos puedan sentirse corresponsables unos de otros.

La comunicación entre ellos es una herramienta concreta para vivir la comunión, para llegar al entendimiento mutuo, a la unión que va más allá de la apariencia. Los miembros de una comunidad que pueden expresar libremente su estado de ánimo, que se sienten acogidos en su singularidad, y que se sienten también responsables del crecimiento cristiano del otro, se tornan en creyentes

más auténticos de Cristo. El iniciador del Camino Neocatumenal acuñó una frase que ayuda a descifrar este ideal de manera práctica: Hay que hacer comunidades cristianas como la Sagrada Familia de Nazaret, que vivan en humildad y alabanza, donde el otro es Cristo.

Una comunidad marcada por este sello de la comunicación, a medida que crece en la relación de sus miembros, crece también en la aceptación y vivencia del mensaje evangélico, que le hace por una parte vivir un renovado encuentro con Cristo, fruto de la acción del Espíritu, y por otra manifestarse ante el mundo como signo de la vida que todos estamos llamados a vivir. El establecimiento de unas relaciones mutuas de comprensión, acogida, cariño, respeto, ayuda, entendimiento, animación, lleva paulatinamente a la comunidad a configurarse con la imagen trinitaria que la origina, por una vivencia práctica del misterio de la comunión.

Redemptoris Missio

Las «comunidades eclesiales de base» fuerza evangelizadora

51. Un fenómeno de rápida expansión en las jóvenes Iglesias, promovido, a veces, por los Obispos y sus Conferencias como opción prioritaria de la pastoral, lo constituyen las «comunidades eclesiales de base» (conocidas también con otros nombres), que están dando prueba positiva como centros de formación cristiana y de irradiación misionera. Se trata de grupos de cristianos a nivel familiar o de ámbito restringido, los cuales se reúnen para la oración, la lectura de la Escritura, la catequesis, para compartir problemas humanos y eclesiales de cara a un compromiso común. Son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización un punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la «civilización del Amor». Estas comunidades descentralizan y articulan la comunidad parroquial a la que permanecen siempre unidas; se enraízan en ambientes populares y rurales, convirtiéndose en fermento de vida cristiana, de atención a los últimos, de compromiso en pos de la transformación de la sociedad. En ellas cada cristiano hace una experiencia comunitaria, gracias a la cual también él se siente un elemento activo, estimulado a ofrecer su colaboración en las tareas de todos. De este modo, las mismas comunidades son instrumento de evangelización y de primer anuncio, así como fuente de nuevos ministerios, a la vez que, animadas por la caridad de Cristo, ofrecen también una orientación sobre el modo de superar divisiones, tribalismos y racismos.

Bibliografía

Documentos del Magisterio

Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 1965. Concilio Vaticano II, *Ad Gentes*, 1965.

CELAM, Documento Final de Medellín, 1968. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 1975.

CELAM, Documento Final de Puebla, 1978. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 1988.

Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 1990. Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 1996.

Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 2001. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 2013. Otros

Anzieu, D. y Martin, J. Y., *La dinámica de los grupos pequeños*, Buenos Aires 1971. Azevedo, M. de C., *Comunidades Eclesiales de Base. Alcance y desafío de un modo nuevo de ser Iglesia*, Madrid 1986.

Boff, L., *Eclesiogénesis*, Santander 1979. Floristán, C., *Teología Práctica*, Salamanca 1991

Kasper, W., *Iglesia Católica. Esencia, realidad, misión*, Salamanca 2013. Khel, M., *La Iglesia. Eclesiología Católica*, Salamanca 1996.

Latourelle, R. (ed.), *Vaticano II. Balance y perspectivas*, Salamanca 1989.

Levi-Strauss, C., *Antropología social*, Buenos Aires 1961.

Rojas, E., *El hombre light. Una vida sin valores*, Madrid 1992

Rojas-Marcos, L., *La fuerza del optimismo*, Madrid 2005.

Artículos

Comblin, J., "Comunidades de Base y experiencias nuevas", *Concilium* 104 (1975), 90-100.

Moreland, R. L., "The formation of small groups", *Review of personality and social psychology* (1987) Vol. 8, 80-110.

Moreno, J. R., "La misión como elemento fundamental e integrador de nuestra vocación, *Diakonía Boletín del CICA* 1 (1977) 5-10.

Webs

Gabilondo, Á., *El País* 19.2.2012;

[hyp://blogs.elpais.com/el-salto-del-angel/2012/02/una-sociedad-de-solitarios.html](http://blogs.elpais.com/el-salto-del-angel/2012/02/una-sociedad-de-solitarios.html).

Concluyendo el artículo el autor presenta una breve síntesis expresando que hemos vivido en los últimos tiempos eclesiales una revaloración de la pequeña comunidad eclesial como concreción de la gran Iglesia. En ellas, sus miembros se unen más estrechamente para animarse mutuamente en la construcción del Reino, para corregirse y para ponerse en manos de Dios mediante la oración y la escucha de la Palabra. Sin embargo, la relación humana se hace también necesaria para que se dé la verdadera fraternidad entre aquellos que quieren seguir a Jesús como grupo. Tratamos de presentar aquí el valor de la comunicación interpersonal para la maduración de la pequeña comunidad eclesial.